

¡Feliz cumpleaños, Ordesa!

El XC aniversario de nuestro Parque Nacional

Hablar del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, es aludir al corazón latente de los Montes de Pirene, el lugar preciso donde se estima que nació el Pirineísmo. Porque, a finales del siglo XVIII, las campañas iniciales de tanteos en torno a la prominencia que se creía la cúspide de esta cordillera, significarían el arranque de una actividad que primero fue ciencia y después deporte. En cuanto a las primitivas visitas al territorio cárstico que más tarde constituiría el Parque, llegarían únicamente desde los valles de septentrión...

El antiguo divorcio entre el hombre y las altas cumbres, parecía llegar a su fin con el Siglo de la Razón. Así, influidos por las emotivas líneas de la novela "Julie ou la nouvelle Héloïse" (1761) de Jean-Jacques Rousseau, los pioneros del turismo de montaña comenzaron a interesarse por los descollantes Pirineos, a partir de las excursiones que se realizaban desde balnearios galos como el de Barèges o el de Saint-Sauveur. Con base en estos establecimientos termales, los aristocráticos visitantes se arriesgarían a seguir las peligrosas e incómodas veredas hacia el sur, hasta alcanzar el fabuloso anfiteatro en roca del Circo de Gavarnie: Henri Swinburne (1776), el Caballero de Bertin (1780), Madame de Juilly (1785), el Procurador Noguès (1788)... Precisamente, en este último año arribarían a Barèges los llamados "tres sabios" (Saint-Amans, Dusaulx y Pasumot), con la intención de desvelar con timidez algunos secretos de los basamentos de los Marborés en el terreno de su orografía, geología o botánica. Sin embargo, la cresta fronteriza quedaba muy lejos para estos prudentes viajeros de la Ilustración.

La llegada al Pirineo del alsaciano Louis Ramond "de Carbonnières" (1755-1827), en el verano de 1787, cambió este tímido panorama, casi de un sólo golpe: admirador del sabio Saussure, su fin enseguida sería el de encaramarse hasta el remate de esta cadena montañosa. Con gran decisión, Ramond se allegaría hasta las alturas de la Brecha de Rolando, dispuesto a descubrir la ruta de acceso hacia la mítica cima que los cazadores llamaban "Moum-Pergut", o la montaña perdida. El empeño no sería fácil, puesto que le reclamaría casi quince años de exploraciones al inquieto pirineísta: Troumouze, Estaubé, la Brecha de Tucarroya, el Puerto de Bujaruelo, el Puerto de Pineta... Al final, lograría hollar en 1802 la cumbre de la montaña que era considerada, en las comarcas aragonesas, la mayor de Tres Sorores en roca. Esta ascensión, que llevó a cabo desde Pineta y el Collado de Añisclo, erigió a Louis Ramond como el "padre del Pirineísmo", una actividad que arrancaba con fuerza en Francia a partir de sus vehementes escritos: "Observations faites dans les Pyrénées" (1789), "Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées" (1801) y "Voyage au sommet du Mont-Perdu" (1804). El hecho incontestable de que se le hubiesen adelantado en el Monte Perdido un grupo de tres guías enviado por él mismo en reconocimiento (Laurens, "Rondou" y un anónimo pastor belsetano), apenas le restaría brillo al alsaciano. Y, mucho menos las sospechas de que esta cima de 3.355 metros ya hubiese sido discretamente subida por españoles (el capitán Vicente de Heredia, el comisario Francisco Zamora o mosén Vicente Zuerras), desde las sencillas laderas del valle de Vió, desde al menos el año 1792. Pero otro paraje le debería a Ramond "de Carbonnières" su acertado padrinazgo: el cañón de Ordesa. Así, desde la cumbre del Perdido, su conquistador no tardó en percatarse de la llamativa orogenia de los tajos que

discurrían hacia el sur. Apenas unos días después, cruzaba a España por el Puerto de Bujaruelo y dedicaba un par de jornadas a seguir el curso del prodigioso río Arazas.

La crónica de esta fastuosa región, durante la primera mitad del siglo XIX, sólo tendría un protagonista de talla: el obsesionante Monte Perdido. Esta cima fue, a despecho del Vignemale y del Aneto, la más popular de cuantas se alzaban en los Pirineos. Siguiendo los pasos de su conquistador, enseguida rondaron su cúpula nevada, para estudiar sus relieves y accesos, eminentes pirineístas como Vincent de Chausenque y Jean Charpentier. Sin embargo, las ascensiones exitosas hasta su remate se pudieron contar con las manos: Charles de Béranger (1805), Friedrich von Parrot (1817), Gabriel-Étienne Arbanère (1820), Ann Lister (1830), James Erskine Murray (1835), Platon de Tchihatcheff (1842)... La ruta que todos estos grupos siguieron había variado de la abierta por los guías de Ramond, instaurándose otro camino que resultaría tan famoso con el discurrir de las caravanas desde Gavarnie hasta la Brecha de Rolando, para dormir en la majada de Góriz y, a la mañana siguiente, ascender hasta el Perdido siguiendo la "vía de las Escaleras". La preponderancia de esta ruta fue tal, que contados turistas se decidirían a descender por el Circo de Soaso hasta el maravilloso valle de Ordesa.

A partir de 1860, la diversificación sería la nota dominante en los Marborés. Merced al decidido guía de Gavarnie Laurent Passet (1810-1864), quedó expedito el camino hacia el Monte Perdido desde el Collado de Astazu, tras ganar el Cuello del Cilindro y ascender la lengua de nieve del Corredor Noroeste. Por ende, el gran pirineísta Henry Russell (1834-1909) comenzó sus campañas en estas deslumbrantes montañas calcáreas, ascendiendo progresivamente las cumbres olvidadas como el Cilindro, el Pico de Marboré, los Astazus o el Casco. A remolque de sus vibrantes escritos sobre el Pirineo, acudirían los montañeros deseosos de disfrutar de unos paisajes sin igual. Precisamente un amigo de Russell, el inglés Charles Packe, volvería a recorrer el cañón del río Arazas, ocupándose de promocionarlo en Francia. Llegaban así las grandes horas a las faldas de las misteriosas Tres Sorores de piedra...

La popularización de este espléndido universo calcáreo, era cuestión de poco tiempo en el curso del último tercio del siglo XIX. Diversos factores contribuirían a que cada vez más montañeros mostrasen interés por el entorno del Monte Perdido, como las guías de Henry Russell, los mapas de Franz Schrader (1844-1924) o la construcción de los refugios de la "Cabanne du Mont-Perdu", bajo el Cilindro, y del "Abrigo Russell", en la Brecha de Rolando. No obstante, fue muy reveladora la excursión organizada por el Club Alpin Français en 1880. En ella, se produjeron varios hechos relevantes: treinta y una personas (diecinueve turistas y sus guías) ascendieron al Monte Perdido y luego visitaron el valle de Ordesa, entre las que iba Ramón Arabia y Solanas, el primer español del que se tiene la certeza que pisó sus 3.355 metros. A partir de este momento, las cúspides de las Tres Sorores escasamente estarían solas. Y la vega del río Arazas atraería a un número cada vez más creciente de admiradores.

Uno de estos apasionados visitantes, sería el parisino Lucien Briet (1860-1921). De inmediato, quedaría prendado de las rutilantes bellezas del macizo calcáreo por excelencia. Sus trabajos sobre Ordesa aparecidos en la prensa hispana, así como su libro "Bellezas del Alto Aragón" (1913) servirían para que los turistas nacionales comenzasen a apreciar las maravillas que brindaba este rincón del Sobrarbe, con un siglo de retraso con respecto a los galos. A partir de las descripciones de Briet, el número de candidatos al Monte Perdido desde Torla o desde Bielsa irían en aumento, a pesar de las desastrosas carreteras existentes. Pero, al término de la Primera Guerra Mundial, la presencia de españoles en las alturas del Marboré, sería más que apreciable.

En el período de cambio de siglo del XIX al XX, el catálogo de los parajes incomparables del "Reino de las Tres Sorores", se había ampliado de manera notable con las vegas de los ríos Bellós y Yaga. Así, exploradores con Schrader, Saint-Saud o el propio Briet, contribuirían con sus trabajos a que las gargantas de Añisclo y de Escuaín, fuesen incluidas en los trayectos de los pirineístas de ambas vertientes. Sin embargo, nadie apearía de su trono de nieves y rocas calizas, al rey innegable de las excursiones: el Monte Perdido. Grupos muy numerosos lo ascenderían por todas sus caras y aristas, si bien concentrándose de forma evidente en su Corredor Noroeste, famoso por su "Escupidera", escenario invariable de tantos accidentes desgraciados. Mas no por ello se privarían los escaladores de buscar la dificultad en sus paredes más vertiginosas, desde la apertura de la Cara Norte en 1888 por Roger De Monts, Célestin Passet y François Bernat-Salles.

Sin duda alguna, la vertiente más desatendida por los turistas que accedían al Monte Perdido, sería la del valle de Pineta, que prácticamente no se utilizó sino de manera esporádica hasta el siglo XX. Y eso, a despecho del título de "Vía Apia del Monte Perdido" que Lucien Briet le otorgara en 1913. Este abandono habría que cargarlo a la cuenta de los abruptos muros de Ets Parets de Pineta, así como a las pésimas comunicaciones con Francia y con la llanura aragonesa. Sólo a partir de la creación del Sanatorio del Cornato, obra del doctor Nogueras en 1931, comenzaría el lento goteo de turistas y de montañeros desde el Alto Cinca.

La cabra montesa pirenaica o "bucardo" (*Capra pyrenaica*) sería la causante, en gran medida, del cambio de estado de la región del Arazas. La preciada cornamenta de este bello animal provocaría que se extinguiese de los Pirineos franceses sobre 1890 y, de la mayor parte de los santuarios españoles, en 1910. A partir de esas fechas, las últimas manadas de bucardos sobrevivían como podían al acoso de los cazadores —foráneos en su mayor parte— en las abruptas laderas de las Proas de Ordesa. El sanedrín de los pirineístas, escandalizado, se movilizó para tratar de poner freno a esta masacre. Lucien Briet, un asiduo visitante del Macizo Calcáreo desde 1889, se constituiría como uno de los portavoces de la indignación de los montañeros ante las matanzas de bucardos. Aunque francés de nacimiento, este explorador pirenaico gozaba de un extraordinario prestigio en España, así como toda clase de contactos en las más variadas esferas. En consecuencia, sus protestas sobre el hostigamiento a las cabras montesas llevaban tiempo sonando por las comarcas aragonesas: en 1909, ya proclamaba que había llegado la hora de proteger Ordesa de cazadores, leñadores y pescadores. Briet difundiría a los cuatro vientos sus propuestas de que, puesto no existían otras instituciones, se hiciesen cargo de la protección de Ordesa la Diputación Provincial de Huesca y la Real Sociedad Geográfica: todo con objeto de cuidar a las "siemprevivas", las truchas y los rebecos. Pero no sería Lucien Briet, ni mucho menos, el único defensor de estos parajes del Marboré... Otro de los "pesos pesados" del Pirineísmo, Franz Schrader, abogaría de forma resuelta por amparar la belleza de los contornos del río Arazas. Así, cuando este octogenario montañero visitó Ordesa por vez postrera en 1913 —treinta y tres años después de su primera estancia—, proseguiría loando sus portentos paisajísticos en inminente peligro, censurando el papel negativo de los humanos sobre sus praderas y forestas en la región inferior, una destrucción que se había originado sólo por el hecho de llegar más visitantes. Y también sería preciso incluir al famoso historiador del Pirineísmo, Henri Beraldi, en la lista de quienes denunciaron las destrucciones al sur de la muga: en el temprano 1901, el erudito parisino se lamentaba del los estragos de la deforestación y del ramoneo del ganado.

Pero la defensa del medio natural de este rincón del Sobrarbe, no sería un patrimonio en exclusiva de sus visitantes extranjeros. Sirva de ejemplo el testimonio del

navarro Pascual Madoz, quien emitía un llamamiento desde las páginas correspondientes a Huesca de su "Diccionario" (1850), para que se cuidasen las escasas masas forestales de la esquilmada vertiente sur pirenaica. Y, ya en el siglo XX, la causa casi perdida del bucardo podría contar con un defensor de auténtica talla: Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias. Tan extraordinario personaje, conocido como "el Hombre de los Picos de Europa", sería considerado como el "Padre de los Parques Nacionales", así como el principal adalid del proyecto de Ordesa. Este entusiasta defensor de la Naturaleza y montañero —efímero Presidente del Peñalara en 1920— clamaba públicamente por una reserva para los Pirineos desde el Congreso de París de 1909. Apasionado valedor de los espacios naturales, llevó sus vehementes ruegos al Senado, materializados en una Proposición de Ley en pro de los Parques Nacionales, ganando la atención del Conde de Romanones. A consecuencia de éstos y de otros muchos clamores, el Gobierno español estudió, entre los años 1916 y 1917, la posibilidad de tomar cartas en el asunto. Porque, para entonces, ya se habían creado algunos espacios protegidos en Suecia (1909), y en Rusia (1912). Quizás, también influyó en el Ejecutivo hispano la creación del pionero Parque Nacional suizo: el de la Baja Engadina (1914).

El primer paso de esta empresa sería la aprobación, el 7 de diciembre de 1916, de la Ley de Parques Nacionales, que contemplaba la necesidad de destinar grandes extensiones de terreno para disfrute de todos los españoles. A su vez, el 23 de febrero de 1917 se constituía la Junta encargada de cuanto concernía al incipiente espacio protegido que daría origen al nacimiento del primer Parque Nacional pirenaico. Pedro Pidal, Senador por designación Real, trataría de dar el último empujón, reafirmando la virginidad de Ordesa en septiembre de 1917, con todas sus forestas esquilmadas y sus manadas de buardos decrecientes. El Real Decreto de su creación sería firmado por el Rey Alfonso XIII en el Palacio de la Magdalena de Santander, un 16 de agosto de 1918. Este adelantado Parque Nacional español siguió, con sólo veinticinco días de retraso, al de Covadonga, y fue inicialmente denominado "*de Ordesa o del río Ara*". En sus principios, el terreno constaría de 2.088 hectáreas, limitadas únicamente al municipio oscense de Torla. Porque el recinto entero se encerraba entre las escarpas que ceñían el curso del río Arazas —el sector "Ordesa" y el "monte número ciento treinta y nueve": Mondarruego, las paredes septentrionales de Ordesa, las Gradas de Soaso, la Faja de Pejay, Diazas, Puente de los Navarros, Sopeniana y San Guino. Resultaba evidente que parajes como las Tres Sorores, la cresta fronteriza de los Marborés, el valle de Pineta y las Gargantas de Añisclo y Escuaín, quedaban excluidos de esta protección estatal. En el reglamento del Parque, aprobado de modo unánime por el Ayuntamiento de Torla y hecho público con fecha 26 de septiembre de 1918, se reconocía su finalidad de respetar a las especies vegetales y animales, contando con el interés de todos los españoles por conservarlo.

El novel Parque Nacional sería inaugurado de forma oficial, un 14 de agosto de 1920: con la participación del Comisario de Parques Nacionales, Pedro Pidal, y otras autoridades regionales, se hizo una planta de árboles. El Marqués de Villaviciosa de Asturias tendría que resignarse ante la ausencia, en estos actos, del Monarca español y de Lucien Briet, este último a causa de una enfermedad. Así y todo, el Parque Nacional arrancaría su andadura en medio de grandes incertidumbres, porque no todo sería paz y concordia en el pronto llamado "Edén del Pirineo". A duras penas, el Marqués de Villaviciosa de Asturias podría imponer alguna medida para lograr sus objetivos prioritarios: por un lado, la recuperación de sarríos y buardos; por otro, el cumplimiento de lo prometido por el Estado al valle de Broto. Y, de esta manera, se vería obligado a intervenir en defensa del naciente Parque en muy diversas ocasiones —

1921, 1926 y 1932-, en especial para impedir la construcción de obras hidráulicas en el río Arazas. A este respecto, resulta sobradamente conocido el duro texto de la misiva que Pedro Pidal enviaría el 7 de junio de 1921, al Ministro de Fomento. En cualquier caso, muestra de las convulsiones de estos primeros años del Parque, son las lógicas reclamaciones que planteaban diversas voces en el valle, como la construcción de la carretera de Biescas a Broto, la mejora de las comunicaciones con Francia, el deslinde y amojonamiento del Parque con las debidas compensaciones a los vecinos afectados y, por último, la expropiación de los saltos hidráulicos en el río Ordesa. Fruto, quizás, de estas tensiones e intereses acuciantes, sería la salvaje tala indiscriminada de árboles, realizada por mano misteriosa cerca de la Cascada de la Cueva, en el otoño de 1927, denunciada por los pirineístas Cacho y Viu. La vía de la discordia, el nuevo camino de herradura de entrada a la Pradera de Ordesa por la llamada "senda de los franceses", se concluyó a comienzos de los años treinta: pero todavía tardaría algún tiempo en ser carretera... Por aquel entonces, la mejor vereda que la unía con Torla, discurría por la orilla izquierda del Ara y luego del Arazas (el Turieto Bajo). Es por eso que, en el año 1930, los conflictos aún afloraban, latentes en un Sobrarbe cada vez más despoblado y deprimido.

La naciente República también trató de enmendar lo que en Ordesa se torcía. Así, el 7 de junio de 1931, disolvía la antigua Junta de Parques —que había sido reorganizada en 1929— para crear una Comisaría de Parques Nacionales. En su Presidencia, colocaba al prestigioso Pedro Pidal, asesorado por unos Vocales de la eminencia de Ramón Menéndez Pidal, Vicente Castañeda, Eduardo Hernández-Pacheco... Poco a poco, el turismo nacional se interesaría por este espacio protegido: en agosto de 1933, se contabilizaba la considerable cifra de mil ochocientos visitantes en el "Divino Cañón". Sin embargo, en 1935, Arnaldo de España —autor de la primera guía sobre el Parque— seguía considerando deficientes cualquiera de sus accesos. Y, por aquellas fechas, todavía se trabajaba a ráfagas en la carretera que uniría Broto con la Pradera de Ordesa, cruzando Torla mediante un túnel bajo su iglesia parroquial...

Con los años de la posguerra, retornarían de modo paulatino los admiradores a las riberas del Arazas. La bonanza económica de los años sesenta, favorecería que la mayor parte de los visitantes del Parque se allegasen en automóviles particulares. El turismo comenzaba así, bien temprano, a presionar sobre el frágil paraje... Con más aciertos que errores en su historial, el Parque Nacional de Ordesa cumpliría su cometido esencial, que no era otro que proteger —en su reducido perímetro inicial— a las especies animales y vegetales en peligro. Pero la tarea comenzaba a desbordar a la Guardería ya sobre 1965, fecha en que Fernández-Reyes estimaba en cuarenta mil los turistas que desembarcaban cada año en la Pradera. También era de lamentar los frecuentes actos vandálicos que se podían presenciar, como edelweiss cortados y abetos arrancados.

Durante los años setenta, resultaba bien palpable el descontento general ante el panorama del escaso tamaño del Parque español, diminuto frente el recién estrenado francés al norte de la muga. En diversos ámbitos montañosos, se pensó que el arranque del Parc National des Pyrénées en 1969, provocaría un progresivo aumento del hispano. Conforme se sucedían los lustros en blanco, la decepción iría creciendo. En este sentido, Eduardo Martínez de Pisón escribía unas amargas líneas en 1973, expresando su desilusión ante las nulas perspectivas de expansión de nuestro terreno protegido y el temor de que se construyese un teleférico que conectase Pineta con la cima del Monte Perdido. Sin embargo, el mayor peligro llegaba por el valle de Añisclo...

El proyecto de Hidro-Nitro para este cañón (hecho público en 1971) contemplaba la inundación de buena parte de esta garganta, y se llegó a construir un pequeño dique de cemento en los Estrechos. Este atentado contra un entorno de gran

belleza, logró aglutinar a diversas asociaciones culturales, deportivas, ecologistas y ciudadanas en su contra. Desde antiguo, el Marboré inspiró en las mentes de algunos promotores turísticos toda clase de proyectos alucinados: sirva de ejemplo el insinuado en 1892 por Jules Leclercq, al anunciar que no estaba lejos el día en que se subiese al Monte Perdido en ferrocarril. Muy posiblemente, las afirmaciones de este tipo serían las causantes de que Franz Schrader clamase en 1901 por la virginidad de las altas cimas. En cualquier caso, las propuestas de recrecimiento del espacio natural protegido, concretadas en 1972 y 1974, parecían ser el único camino para preservar sus amenazados aledaños... Las Tres Sorores tendrían que aguardar, para su incorporación al Parque, cerca de sesenta y tres años. Tan importante evento se llevaría a cabo tras la reclasificación y ampliación según la Ley de Espacios Naturales Protegidos del 13 de julio de 1982..., nueve años después del inicio de su expediente. Mucho habían tenido que ver, como reactivadores de este proceso, los intentos de anegar el cercano Cañón de Añisclo, fuertemente contestados por el conjunto de la sociedad aragonesa. Así, el antiguo Parque Nacional de Ordesa aumentaba de manera notable su extensión, llegando hasta las 15.608 hectáreas actuales. A partir de ese momento, el espacio vigilado abarcaría grandes porciones de los valles de Ordesa, Añisclo, Escuaín y Pineta, incluyendo los municipios de Bielsa, Fanlo, Puértolas, Tella-Sin y Torla. En consecuencia, cambiaría su vieja denominación por la de "Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido". Ahora, las grandes cimas del Macizo de las Treserols constituyen el remate de este entorno natural de primer orden.

Con el tiempo, la tutela del medio natural del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido se había extendido a más campos de los proyectados en sus inicios: flora, fauna, aguas, rocas y atmósfera. No es extraño que el 1 de marzo de 1977 fuese declarado Reserva de la Biosfera, según el Programa MaB (Hombre y Biosfera) de la UNESCO. A su vez, el 24 de septiembre de 1988, nuestro Parque suscribía una Carta de Cooperación con el contiguo Parc National des Pyrénées, documento que fue renovado en 1998. Y ese mismo año, era otorgado al Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido el Diploma Europeo en la categoría A, asimismo concedido en 1992 y 1997. La cuestión de la "titulación" de los Marborés, iba a disfrutar de un nuevo galardón en su recolecta del 6 de diciembre de 1997. A partir de este año, la región del Monte Perdido y de los Circos de Gavarnie entraba, de modo conjunto, a engrosar la lista de los dieciocho de parajes declarados Patrimonio Mundial de la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, Educación y Cultura, en sus categorías de sitio "cultural" y "natural". Mucho había tenido que ver, en tan importante distinción, la labor de la Asociación Monte Perdido Patrimonio Mundial -nacida en 1987, a partir de los nueve ayuntamientos que cubren la región-, cuyo Secretario General no era otro que el célebre pirineísta Patrice de Bellefon. Y, de esta manera tan sencilla, la montaña que adoró Louis Ramond, pasaba a formar parte del Patrimonio de la Humanidad.

Marta Iturralde Navarro
Revista Aragón Turístico y Monumental